

Paz

El nivel del mar sigue aumentando. No estoy seguro de si habrá algún otro ser humano en el mundo, pero lo que sí se con certeza, es que si lo hay no está en esta isla. Aquí ya han muerto todos. Me quedan pocos víveres pero no importa; mañana no voy a despertarme. He utilizado los últimos huevos que me quedaban para cocinar una tortilla de patatas. Hacía meses que no probaba una. Está deliciosa. Desde que todo comenzó no me he preocupado de saborear la comida, pero hoy me he dado cuenta de que echaba de menos la satisfacción que da comer por gula y no por supervivencia. He decidido comerme la tortilla subido al tejado de mi cabaña mientras observo el atardecer, y acompañarla de una lata de kombucha que he encontrado al fondo de la nevera. ¡Adoro la kombucha y ni siquiera lo recordaba! Supongo que tenía otras cosas más importantes de las que acordarme. El frío de la lata alivia el ardiente calor del ambiente, el viento trae un delicado aroma a flores que reactiva mi morriña, y los delirios que me produce la fiebre actúan como opiáceos que duermen mi dolor. Con cada bocado de tortilla mi boca se llena de miles de colores que rebotan contra mi paladar y poco a poco toman forma. Una forma abstracta que, durante un momento, consigue hacerme olvidar todo lo que ha pasado. Los desastres, las enfermedades y los muertos. Sólo dura un momento. Un momento de paz.

No se me ocurre una forma mejor de abandonar este mundo.